

mas, la elección de los teólogos presentados, aunque lógica, presupone una evidente toma de posición.

También recoge Wittstadt innumerables detalles sobre la preparación logística de la asamblea, que debía reunir a un colectivo de más de tres mil personas en la basílica de San Pedro: atención médica, servicios higiénicos, instalaciones de megafonía, alojamientos, presupuestos económicos, servicios de cafetería, etc. He aquí una faceta poco conocida del concilio y que ofrece una nueva perspectiva de la magnitud, incluso sociológica, de la asamblea. Es muy interesante constatar la presión de algunas altas personalidades eclesiásticas, y también de los mismos periodistas, para lograr un acceso más fluido a las fuentes de las noticias. Es evidente, como muy bien nos relata el autor del capítulo V, que la Santa Sede tuvo que acostumbrarse a contar con los periodistas, y que en esto, como en tantas otras cosas, Juan XXIII, respetando la autonomía de sus colaboradores, tuvo que abrir nuevos cauces a la información.

Los índices finales facilitan mucho la consulta de esta obra.

Estamos a la espera de los siguientes volúmenes. El tomo segundo acaba de publicarse. Los demás, en redacción. Dios quiera que la iniciativa del Prof. Alberigo, el sueño de su vida y la coronación de su vida profesional, constituya una contribución decisiva al mejor conocimiento de uno de los acontecimientos estelares del siglo XX y, sin duda, el más importante de la vida católica de los últimos doscientos o trescientos años.

Josep Ignasi SARANYANA

**Enrico DAL COVOLO**, *Chiesa, società, politica. Aree di «laicità» nel cristianesimo delle origini*, Las, Roma 1994, 187 pp.

Enrico dal Covolo es profesor de Literatura Cristiana Antigua en la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Salesiana. Es uno de los directores de la serie *Corona Patrum*, y de la *Introduzione ai Padri della Chiesa* (seis volúmenes). Es autor de numerosos estudios sobre los Padres antenicanos y acerca de las relaciones entre la Iglesia e instituciones sociopolíticas de la antigüedad.

El libro que publica ahora pone a disposición del público un valioso material para el estudio sobre la vida de los laicos en la Iglesia primitiva, y para una reflexión general acerca de la misión y actuación de los laicos en el mundo.

El autor ofrece textos selectos de escritores de los tres primeros siglos cristianos, referentes a la existencia de los discípulos de Cristo en el mundo: la actitud ante los bienes materiales (primer capítulo); las relaciones con el poder político (segundo capítulo); la posición social de la mujer (tercer capítulo). El autor proporciona además información que sitúa los textos en su contexto histórico; y cita los estudios más relevantes en cada tema tratado.

Con su buen conocimiento de los escritores cristianos de la antigüedad, el Prof. dal Covolo pinta, con trazos significativos, aspectos de la existencia y actividad cristianas, denominados por él mismo como «áreas de laicidad» (categoría no formalmente patrística, por supuesto, pero implícita desde el comienzo en el fenómeno cristiano). Veamos los capítulos con más detenimiento.

En el primer capítulo (sobre la actitud de los cristianos frente a los bienes materiales) el autor toma como punto de partida el pasaje evangélico del joven rico, haciendo un bosquejo de comentarios patrísticos sobre ese pasaje. Señala que en la interpretación de las palabras de Jesús al joven rico, había dos polos, que coexistían y no se excluían mutuamente: por una parte, el polo ascético-escatológico, que subrayaba el seguimiento de Cristo y la espera del Reino escatológico; y por otra parte, el polo sociológico-caritativo (notable en escritos como el *Pastor de Hermas* y la *Didaché*) que ponía el acento en compartir bienes con los necesitados.

El autor concluye, basado en los textos, que el pasaje del joven rico no tuvo una interpretación única o unívoca entre los primeros cristianos, ni tampoco llevó a un único modo de practicar el desprendimiento de los bienes de la tierra. Las posturas de los ilustres alejandrinos, Clemente y Orígenes, son bastante significativas en este sentido: aunque no interpretan el pasaje del joven rico del mismo modo, tienen en común una intelección bastante matizada del concepto de «dejarlo todo», gracias, en su caso, a la interpretación espiritual del relato evangélico.

El Prof. dal Covolo acierta al mostrar la complejidad del telón de fondo de la práctica cristiana de la pobreza. Diversas corrientes parecían entrecruzarse en el ánimo de los primeros cristianos: la acuciante espera de la parusía, el deseo generoso de socorrer a los necesitados, la vigilancia frente a los atractivos caducos de este mundo. El cuadro sugiere, a su vez, preguntas que ulteriores estudios habrán de resolver: ¿Hasta qué grado están vinculados el espíritu de desprendimiento y el anhelo de la parusía de los cristianos? ¿Los escritos de las primeras generaciones, que resaltan estos aspectos con fuerza, no reflejan una intuición pristina, auténtica, de la espiritualidad cristiana?

En el segundo capítulo encontramos citados pasajes del Nuevo Testamento y de antiguos escritores, que tratan de la actitud del cristiano ante la autoridad política. El cuadro contiene una gran variedad de colores: hay quienes —p.ej. los montanistas— contraponen rigurosamente la vida política y la vocación cristiana; y hay otros —p.ej. Justino, Teófilo de Antioquía, Melitón de Sardes— que contemplan la posibilidad de colaboración con (e incluso de oración por) los gobernantes.

Como una clave hermenéutica de los textos, el autor señala la respuesta de Jesús acerca de los deberes ante el César: el pronunciamiento del Señor llegó a constituir un criterio, por el que sus seguidores reconocieron, por una parte, la legitimidad de una autoridad en la esfera política y, por otra, los límites de tal autoridad. Por consiguiente, los cristianos de los primeros siglos, que se encontraron con diversos modos de ejercicio del poder imperial —desde razonable hasta abusivo o persecutorio—, reaccionaron con actitudes también variadas: desde una equiparación, por ejemplo, del poder político con la bestia de la visión de Daniel, hasta la calificación de la función política como una diáconía divina.

El autor pinta con acierto un complejo telón de fondo para la actitud política de los cristianos: en efecto, ellos tuvieron que ejercer una prudencia especial para discernir lo que constituía su legítimo deber hacia la sociedad y lo que implicaba una cesión al poder profano en cuestiones religiosas. (¿Es posible —nos preguntamos al leer este capítulo— ver esto como la primera etapa de una «trayectoria»?; porque con la «cristianización» del Imperio pervivió una tendencia «monista», que confundía poder temporal y poder espiritual, y más adelante fue suplantada por la tendencia contraria, «dualista», que buscaba nitidez de separación entre Estado e Iglesia, incluso hasta el punto de «secularizar» completamente la actividad política: dos modos extremos de entender el problema, ambos alejados de las imágenes bíblicas de la sal y del fermento, y de la imagen patrística del alma en el cuerpo, citado por el autor en las pp. 107-110).

El tercer capítulo trata de un tema complejo, según admite el mismo autor: el concepto de la mujer en la primitiva cristiandad. ¿Qué estima tenía la mujer en esos tiempos? ¿Qué actividades desempeñaba que gozaban de aprobación de la comunidad cristiana? Según el Prof. dal Covolo, la mujer, aunque excluida de funciones jerárquicas eclesiales, fue valorada en su igualdad fundamental con el hombre, gracias especialmente a la enseñanza de los primeros capítulos iniciales del Génesis.

Los textos cristianos primitivos, de hecho, contienen numerosas descripciones de importantes cometidos de la mujer en la vida familiar y social —como madre, virgen, viuda, profetisa, diaconisa, mártir, etc.—. Estos papeles indican un radio de acción para la mujer de una amplitud difícilmente imaginable fuera del ámbito cristiano.

Estamos de acuerdo con el Prof. dal Covolo, quien, por una parte, reconoce los inevitables condicionamientos histórico-culturales de los primeros siglos cristianos y, por otra, defiende la profunda contribución del cristianismo al proceso histórico de restitución de la dignidad a la mujer. El cristianismo lo hizo, no provocando un cambio inmediato en la colocación sociológica de la mujer (como tampoco derribó de un solo golpe la práctica de la esclavitud), sino introduciendo en las conciencias una concepción de la dignidad de cada persona humana.

El capítulo conclusivo, con el título «perspectivas de síntesis», podría a primera vista guardar menos relación con los capítulos anteriores, ya que trata la cuestión amplia de la «diferenciabilidad» entre laicos y clérigos en la Iglesia primitiva. Sin embargo, este capítulo de hecho permite captar la intención de fondo de los tres capítulos precedentes. Si estos capítulos proporcionan ejemplos concretos de situaciones nítidamente «laicales» —en las esferas de la vida económica, política, y familiar—, constituyen un argumento de peso a favor de la existencia de la dimensión de «laicidad» en la Iglesia, incluso desde los primeros tiempos. Este hecho, a su vez, indica que la dimensión «laical» pertenece al misterio mismo de la Iglesia, como Pueblo de Dios.

De esta manera el Prof. dal Covolo da respuesta fundada a ciertos estudiosos, que pretenden ver una «antinomía» entre el estado clerical y el estado laical, surgida en la Iglesia sólo a partir del siglo II, precedida por una etapa de «no-diferenciación». (Esta impresión pueden dar los escritos cristianos de los dos primeros siglos porque les urgía la preocupación de explicar lo más esencial y básico de la vocación cristiana —la de ser

redimido por Cristo—, condición que abarca tanto a clérigos como a no-clérigos. La reflexión más articulada acerca de funciones propias de clérigos y laicos surgió gradualmente, a la par con el desarrollo de la vida y experiencia eclesiales).

Una apreciación adecuada de la «laicidad» parece insoslayable dentro de la perspectiva cristiana, porque el cristianismo ve la historia y el mundo como realidades dotadas de genuina consistencia. Por consiguiente los laicos, que son llamados a protagonizar la construcción de una ciudad terrenal como digna semilla del mundo escatológico, juegan un papel sustancial en la historia salvífica.

Por supuesto, en el bosquejo patrístico que hace el Prof. dal Covolo podría haber incluido otros aspectos, p.ej. sobre el trabajo, o sobre el ocio de los cristianos corrientes. Sin embargo, el libro puede considerarse una contribución seria y profunda al actual estudio sobre el papel de los laicos en la Iglesia y en el mundo.

José ALVIAR

**Ernst DASSMANN**, *Kirchengeschichte II/1. Konstantinische Wende und spätantike Reichskirche*, Kohlhammer Verlag («Studienbücher Theologie», 11,1), Stuttgart-Berlin-Köln 1996, 224 pp.

Con este segundo volumen continúa el manual de Historia de la Iglesia, del que en el año 1991 apareció el primero, dedicado a los siglos I al III del cristianismo (vid. reseña en *AHig* 1 [1992] 401-403). A su vez, este segundo volumen, dedicado a los siglos IV al VI, va a constar de dos partes: la que recoge este libro y otra que el autor aún está elaborando. En esta primera parte se abordan sobre todo los acontecimientos referentes a la política eclesiástica, las controversias entre la Iglesia y el Estado, así como la relación de la Iglesia con otros grupos sociales (judíos, herejes, paganos). La segunda parte describirá la vida interna de la Iglesia, el desarrollo de la Teología y el de la piedad popular. Esta división no sólo en dos partes, sino ante todo en dos libros responde, según el autor advierte en el prólogo, a motivos editoriales.

El presente libro consta de tres amplios capítulos: la política religiosa de Constantino, la configuración de la Iglesia imperial y la Iglesia en los reinos germánicos occidentales y en el Imperio Bizantino.

La figura de Constantino, su conversión a la fe cristiana y su actuación como emperador son descritas con gran detalle. Aquí se aborda la ya clásica cuestión del grado de sinceridad y convicción con que Constantino se convirtió a la nueva religión. Y se resaltan los aspectos más relevantes de su política religiosa: la legislación de orientación cristiana, referente a la esclavitud, al matrimonio, a la obligatoriedad de celebrar el domingo y a los privilegios del clero; su intervención en el sínodo de Arlés (314) y en el concilio de Nicea (325); la fundación de Constantinopla; y su amistad con el obispo Eusebio de Cesarea, historiador y biógrafo de la corte, que elaboró una teología de la historia al servicio de la nueva política religiosa del emperador. Dassmann no se limita a ofrecer una